

## **(Im)pases en la transmisión**

### **Escola Lacaniana de Psicanálise – RJ**

#### **“Todo debe girar en torno a escritos por aparecer” (Lacan, 1973 en “Nota italiana”)<sup>1</sup>**

En 1967, el día nueve de octubre, hace casi cincuenta años, al pronunciar su proposición sobre el psicoanalista de la Escuela, Lacan plantea el pase como uno de los dispositivos de base para su funcionamiento, y rompe con el didactismo de la IPA, que determinaba *a priori* las reglas que hay que cumplir para formar un analista.

En esa ocasión, Lacan destacó que existe un real que está en juego en la formación de los psicoanalistas y habita las instituciones psicoanalíticas como una espesa sombra, que es el paso de psicoanalizante a psicoanalista. El pase fue una invención de Lacan para echar luz sobre esta sombra por medio de un dispositivo que espera reunir un testimonio sobre la destitución subjetiva de parte de aquellos que están terminando sus análisis. Un testimonio, una posibilidad de decir de un imposible, de lo que no cesa de no escribirse, en este paso al acto de analizante a analista.

Si, en una transmisión que atañe a cada analista con su causa, todo debe de girar alrededor de los escritos por aparecer, ¿cómo escribir este imposible de lo real, que se hace presente no sólo al final, sino también en los puntos de paso de la formación de un psicoanalista, tanto en su propio análisis, como en la supervisión, participación en carteles, transmisión en su Escuela, y en el encuentro con otros, como ocurre en la Convergencia?

En dos de sus textos cruciales sobre la pulsión de muerte, “El malestar en la civilización” y “Análisis terminable e interminable”, Freud destaca dos elementos que apuntan hacia el impase que la referida pulsión trae para la conclusión de un análisis. En “El malestar en la civilización” (1930), se refiere a la dificultad de sublimación para el neurótico, y aún para los que portan tal recurso, la imposibilidad de sublimarlo todo. En “Análisis terminable e interminable” (1937) la parcela económica de la carga del masoquismo, descrita en la reacción terapéutica negativa, un de los avatares de los superyós, es uno de los grandes obstáculos para el término de un análisis. En ese texto clave de 1937 sobre la formación del psicoanalista para Freud, aunque destaque el peñasco de la castración como obstáculo último del análisis, es la pulsión de muerte que comparece como el residuo de aquello que el orden simbólico y el falicismo freudiano destacan como lo interminable de un análisis.

Si el pase propuesto por Lacan tiene por objetivo la verificación de lo real de este paso de analizante a analista, y desde Freud ya hemos señalado que la sublimación es por la estructura imposibilitada de responder de forma conclusiva a la pulsión de muerte, ¿lo que está en juego al final de un análisis es lo que atañe a la pulsión? ¿Cuál es el destino pulsional - que no sea obviamente la represión, tampoco el retorno sobre el Yo o la reversión al opuesto, y ni siquiera la sublimación - anima el deseo del

---

<sup>1</sup> LACAN, J. “Nota Italiana” (1973) in “Outros escritos”, Jorge Zahar Editora, Rio de Janeiro, 2003, pág. 315

psicoanalista? O cómo interroga Lacan en el Seminario XI “los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” (1964): ¿cómo el sujeto que atravesó su fantasía puede vivir la pulsión?

Es un hecho que el análisis no transcurre sin sublimación y sus efectos, visto que hay una suspensión del Otro en el proceso sublimatorio, alzando la represión, donde el sujeto se ve representado fálicamente de un significante para otro significante, posibilitando, de ese modo, la experiencia con la falta de objeto de la demanda. Pues lo que es privilegiado es el trayecto pulsional causado por el objeto, producto de la creación sublimatoria.

Pero, como destaca Lacan desde el Seminario X “La Angustia”, hay un punto irreductible al significante, un resto de goce, ya descrito aquí en términos freudianos por la vía de la pulsión de muerte, que es el masoquismo originario, que se escapa de cualquier proceso sublimatorio. Hacerse de objeto es masoquismo. “¿Qué es lo que enmascara esa posición de objeto sino ir al encuentro de sí mismo, ponerse en la función de harapo humano, de pobre deyección de cuerpo, separado, que se nos presenta en estas pantallas?”<sup>2</sup>

Lo que distingue semejante posición masoquista de lo que Lacan describe en la ya mencionada “Nota Italiana” del sitio de desecho del psicoanalista? Dice Lacan: “No hay analista a no ser que ese deseo le surja, es decir que ya por ahí sea el desecho de la susodicha (humanidad). Digo ya: ahí está la condición de la que por algún lado de sus aventuras el analista debe llevar la marca ... El analista, si se criba en el desperdicio que he dicho, es gracias a que tiene una idea de que la humanidad se sitúa en la buena fortuna (es donde está sumergida; para ella no hay más que buena fortuna), y es en lo que debe haber circunscrito la causa de su horror, el suyo propio, el de él, separado del de todos, horror de saber.

No existe sublimación posible de este punto de desecho, deyección. ¿Será el semblante la invención del *sinthome*, de este punto donde no hay Otro del Otro, de un psicoanalista? ¿Qué le compete saber a un analista? El psicoanalista no inventa solamente un “*savoir-y-faire*”, pero sabe que lo que hace, con eso con que lo hace, es semblante del objeto, que consiente en ser, no siendo, ni teniendo.

¿Qué es el saber del psicoanalista? Lo que está en juego para un psicoanalista en lo que atañe al saber es la “docta ignorancia”. Lo no sabido del inconsciente, lo que nadie sabe, ni el padre, ni el analista, y que es la invención de cada psicoanalista en su *savoir y faire*, en su saber hacer con eso, enigma indescifrable, pues de lo real imposible, lo que no cesa de no escribirse, se intenta hacer con él. Es necesario ceder el ser narcisista, aquel que supone saber quien es. “Es a saber él que sabe que sabe, y bueno, soy yo” (Lacan, lección de 04 de noviembre de 1971 del seminario “El saber del psicoanalista”).<sup>3</sup>

La destitución subjetiva ocurre en el ámbito del fin del análisis, cuando el analizante autoriza, a partir de la travesía de su fantasía, que el objeto **a**, que estuvo fálicamente revestido como significación del deseo del Otro, opere como causa de deseo. Pura insistencia. El objeto **a** puede operar como letra, *lettre*, que transmite lo real de la experiencia psicoanalítica, que atañe a la verdad y no al saber. La letra, como

---

<sup>2</sup> LACAN, J. “O Seminário Livro X A Angústia” (1962-63), Jorge Zahar Editora, Rio de Janeiro, 2004, pág 182.

<sup>3</sup> LACAN, J., “Estou falando com as paredes”, Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editora, 2011, pág. 22.

describe Lacan en *Lituraterra*, es el litoral entre lo real del cuerpo y lo simbólico del significante, litoral entre goce y saber. La letra es la escrita de lo indecible de la pulsión.

Al hablar, el sujeto se escribe en un análisis y tiene la posibilidad de librar la letra recubierta por el significante, permitiendo el atravesamiento del saber en dirección a la verdad de la castración del sujeto, en un decir que lleve una enunciación más que un enunciado.

El acto analítico se sostiene en la presencia real del analista, soportada como causa, semblante de objeto. El psicoanalista es el que sabe de su condición de objeto, acéfalo de la pulsión, pero aún así, se ofrece como pato de lo real, para sustentar y pagar con su persona, con su ser y sus palabras, el lugar de transferencia para otro. “Si no se le lleva al entusiasmo, hasta es posible que haya habido análisis, pero analista, ninguna posibilidad.”<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> LACAN, J. “Nota Italiana” (1973) in “*Outros escritos*”, Jorge Zahar Editora, Rio de Janeiro, 2003, pág. 313.